

rica— o con una tercera clase de eslaboramientos también mundiales —enraizados en necesidades económicas—, no puede conducirnos sino al empobrecimiento de nuestra propia realidad, a nuestro propio envilecimiento. El mismo tendrá que ser perjudicial: para unos y otros americanos; para el continente, en su conjunto; para la humanidad que vive, ha vivido y vivirá en el mundo como un todo.

Archibald R. Lewis and Thomas F. McGann: *The New World looks at its History*. Proceedings of the 2nd International Congress of Historians of the United States and Mexico. University of Texas Press, Austin. Published for the Institute of Latin American Studies. The University of Texas. pp. 220.

El Segundo Congreso Internacional de Historiadores de Estados Unidos de América y de México, cuyas son estas actas, trató de develar algunos de los rasgos característicos, algo de la naturaleza especial de la historia del Nuevo Mundo.

En el intento, se descubrió que existe una notable falta de conexión entre antropólogos y arqueólogos, por una parte, e historiadores por otra; que la desconexión es más notable en Estados Unidos de América que en México y que un primer esfuerzo para subsanar esa situación podría consistir en estudiar las culturas precolombinas del actual territorio estadounidense situado al occidente del Mississippi.

En efecto, se reconoció que “los historiadores que se ocupan de México, Perú, la Escandinavia vikinga, la antigua Meso-Asia o el Mundo Clásico han captado desde muy pronto las contribuciones de los arqueólogos para su comprensión de la historia, cosa que es menos cierto de los estudiosos de Estados Unidos de América y la Europa Moderna”.

Las contribuciones, en este sector son

obra de T. N. Cambell y de Frank H. H. Roberts Jr.

La reunión de historiadores reconoció también, la necesidad que hay de entender las culturas de los colonizadores europeos y su influencia en la modelación de un sistema de pensar.

En particular, los organizadores se interesaron por el concepto medieval español de la frontera. Para el efecto, lograron la colaboración de Claudio Sánchez Albornoz, quien escribió sobre “La Frontera y las Libertades Culturales”. Su estudio se completó con el de Charles Julian Besliko sobre “El Castellano como hombre de planicie”, así como con las observaciones de Phillippe Wolf, de la Universidad de Tolosa.

Wolf considera que, por lo menos existen tres concepciones de frontera: el antiguo, europeo, de límite político y militar; el que la asimila a territorios vacantes que ocupa y desarrolla una sociedad en expansión y el que quizá sea más moderno, de zona de contactos socio-culturales. En Europa, según Sánchez Albornoz, es la frontera medieval española la más próxima a la concepción americana de frontera (las fronteras ganaderas de Andalucía se duplican en los reinos ganaderos de Argentina, Uruguay y México); pero, igualmente, debe reconocerse que esa frontera, como zona de contactos culturales “no careció de efecto sobre la vecina Francia e incluso sobre todo el occidente cristiano”.

El concepto medieval español de la frontera vendría a ser convergente con la concepción estadounidense y en la realidad las semejanzas y diferencias quedarían acentuadas en la cercanía de la hacienda del norte de México y del rancho del sur de Texas. J. C. Dykes es quien se encarga de describir este último en cuanto realidad en la que las fronteras occidentales de Estados Unidos de América y de México se unen y mezclan.

Los antecedentes los expone Ray Allen

Billington, quien se ocupa de la frontera en el pensamiento y carácter estadounidense, así como Hogan quien, en su comentario señala cuánto deja a desear dicho concepto, en tanto que, de este lado, es un especialista de la talla de François Chevalier quien se ocupa de la hacienda mexicana del norte durante los siglos XVIII y XIX.

Al enfrentarse al concepto de "Gran Frontera" de Walter Prescott Webb, Keith Hancock lo encuentra meritorio; el canadiense Arthur E. M. Lower (que capta las diferencias en la experiencia de Canadá y de Estados Unidos de América) es tajantemente crítico; el brasileño Rodrigues contribuye con su conocimiento del interior brasileño (la "frontera" en sentido sudamericano) y también es crítico, mientras que Geoffrey Barraclough (con la perspectiva de la Inglaterra medieval y moderna) encuentra que el concepto es de importancia seminal para entender la historia moderna.

El libro, verdadera confrontación de opiniones divergentes necesitadas de unificación, se completa con una serie de estudios de Luis Villoro, de Arthur P. Whitaker, de France V. Scholer, de Edmundo O'Gorman y de Guillermo Céspedes del Castillo sobre la tarea del historiador, desde el ángulo de visión de mexicanos y estadounidenses.

R. N. Adams, O. Lewis, J. P. Gillin, R. W. Patch, A. R. Holmberg, Ch. Wagley: *Social Change in Latin America Today*. Its Implications for United States Policy. Introduction by Lyman Bryson. Vintage Books (a Division of Random House), New York, 1960, pp. 354.

Los autores de este libro —pequeño, pero de gran interés— reconocen que los países latinoamericanos atraviesan por un proceso complejo de cambio social. Y es medular para ellos asentar que dicho pro-

ceso de cambio no sólo plantea problemas a Latinoamérica, sino que también impone a Estados Unidos de América un replanteamiento de problemas que les son propios; en particular, el de las actitudes que ese país deberá asumir frente a Latinoamérica. Que esto es un reconocimiento tácito de interdependencia es algo innegable. Que el que tal aceptación de dicha interdependencia proceda de un sociólogo tan ameritado como Gillin y de quienes han estudiado directamente realidades latinoamericanas como Lewis (bien conocido en México) y Adams (particularmente interesado en Guatemala) así como de sus compañeros, es algo que no puede menos que satisfacer.

Como manifestaciones más gruesas, más aparentes, de que se está produciendo un cambio social considerable en Latinoamérica, los autores recogen un hecho: la pérdida de terreno de las clases dirigentes tradicionales, patente, particularmente, en la caída de hombres fuertes latinoamericanos, que, en unos casos sí y en otros no, son substituidos por otros hombres fuertes.

Detrás de esas caídas y elevaciones, creen observar que existe un amplio movimiento de circulación de las élites y quizás, más aún, que hay una emergencia de nuevos grupos sociales que crecen en número y en fuerza política.

Esos cambios, según las esquematizaciones de Gillin, afectan a los pueblos latinoamericanos profundamente. Factores y resultados de dichos cambios son: un tránsito de la primitiva organización tribal a nuevas formas de unidad nacional y a ciertas manifestaciones nacionalistas; una creciente integración racial y una creciente participación de los grupos indígenas en sistemas de autogobierno; un desplazamiento hacia las ciudades y una construcción industrial, y ciertos cambios de actitud hacia Estados Unidos de América.

El orden de Gillin es éste. El que nosotros estableceríamos sería: una creciente